

LA MUERTE DE JESÚS



Sic Deus dilexit mundum.

Otra cosa no le quedaba ya á Jesús que hacer más que morir. Entró, pues, en el silencio de la agonía, y el sol se oscureció. Estas tinieblas que comenzaron momentos después de la crucifixión, y que duraron hasta que Jesús exhaló el último suspiro, no eran las noches, á la manera que no eran el día los alegres resplandores de Belén; era una especie de duelo y de estupor de la naturaleza, la señal celeste que los judíos habían pedido. La veían sin comprenderla, del mismo modo que iban también á recibir sin comprenderlo el signo de Jonás en su Resurrección.

Era cerca de la hora nona, esto es, á las tres y media de la tarde, según nuestra manera de contar; Adán, después de su pecado, oyó la voz de Dios en el Jardín á la hora en que la brisa se levanta después de la mitad del día. En esta misma hora el nuevo Adán, reparador de todas las cosas, saliendo de su silencio, exclamó con fuerte voz: *Eli, Eli, lamma sabacthani*: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis desamparado? Son las primeras palabras del salmo XXI, que profetiza la Pasión, describiendo sus principales circunstancias. Jesús las declaraba cumplidas y al mismo tiempo, sometido como hombre á la pena del abandono interior, revelaban así el más oculto y el más amargo de sus padecimientos.

Jesús, dueño de todos los accidentes de su muerte, cumplía las profecías como Profeta. Sabiendo lo que la herejía inventaría para negar la realidad de su sacrificio, cuidó de arreglar todas las circunstancias á fin de poner á salvo este pan que había de alimentar al mundo.

Desde los primeros siglos de la Iglesia todos los sofismas que hoy salen á luz estaban ya inventados, y á ellos habían respondido los Santos Padres con argumentos que conservan toda su fuerza. El Hijo de Dios, dicen, no ha padecido en su naturaleza divina; pero como hombre ha padecido, y era preciso que padeciese.

Si después de haber vivido en la tierra hubiera desaparecido de repente, se le hubiera tomado por un fantasma. Del mismo modo que se prueba la incombustibilidad de un vaso sometiéndole á la acción de las llamas y retirándole intacto, del mismo modo el Verbo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se ha servido para la redención del género humano, es á la vez real y superior á la muerte: entregándose á la muerte demuestra su humana naturaleza; resucitando de la muerte, su divinidad.

Hizo este milagro para acabar con la locura que deificaba á hombres mortales, enseñando con esto que el único Dios verdadero es aquel que, triunfando en la muerte de la muerte misma, la arrastra triunfante entre sus trofeos. No murió por triunfar personalmente, sino para destruir la muerte del hombre; y hé aquí la razón por la cual ha padecido una muerte pública y violenta.

Si su cuerpo hubiese estado enfermo y se le hubiese visto disolverse, parecía muy extraño que el que curaba todas las enfermedades fuese víctima de ellas. Si hubiese muerto en la soledad y después se hubiera presentado de nuevo, ¿cómo creer en la realidad de su muerte y de su resurrección, ya que es preciso morir antes que resucitar? ¿A qué conducía que anunciase públicamente su resurrección, si su muerte había de ser secreta? No quiso exigir demasiado á la fe ni dar lugar á las imposturas que los hombres no dejarían de inventar para negarse á creer.

¿Se dirá que hubiera debido al menos elegir una muerte gloriosa y evitar estas espantosas ignominias? ¡No! ¡no! Debía su mejilla á las bofetadas, su frente á la corona de espinas, su rostro á las salivas, su espalda á los azotes, sus piés y sus manos á los clavos, sus labios á la hiel, su costado á la lanza, todo su cuerpo á la cruz. Convenía que fuesen vistas las manos que le habían tocado, convenía que estas ignominias pudieran servir de bálsamo fortificante en lo futuro á las víctimas de la crueldad y de la injusticia; convenía iluminar con resplandores las heridas del inocente, y ver correr como un bálsamo consolador hasta en las llagas merecidas del culpable; era preciso que en lo sucesivo, en la profundidad de los calabozos, en la abyección de los presidios, pudiese lucir el vivificante sol de la cruz.

L. VEUILLOT.

